

OJO AVIZOR

Me encerraron en una jaula negra, tan negra como el carbón. Estaba asustada, sin ninguna protección. Mi madre me había abandonado minutos antes y yo estaba muy agitada. No paraba de moverme. Tenía algo extraño agarrado a mi pata; también mis alas estaban inmovilizadas. Toda aquella situación me aterraba. Hacía frío.

Cuando por fin llegamos a un lugar caliente, la jaula dejó de balancearse y una mano apartó la gruesa manta que oscurecía mi vista, y una intensa luz me cegó. Al fin me acostumbré a aquella luz; estaba en una habitación pequeña. De pronto me pincharon en el cuello y, poco a poco, fui aletargándome, aunque seguía consciente.

Unos seres enormes me cogieron y me revisaron. Terminaron y se pusieron a hablar en un idioma extraño. Hicieron un gesto afirmativo y me pusieron otra vez en la jaula, esta vez sin la manta negra.



Dos días después, tras haber pasado un tiempo encerrada, los humanos, que así se hacían llamar, me

sacaron de la jaula con unos guantes muy grandes y me inmovilizaron el pico y las garras. Me colocaron una especie de casco con el que no podía ver nada, y empezaron a tocarme la pata. De repente sentí que un aire fresco me azotaba las plumas y me puse en posición de vuelo, pero mi captor me agarró fuerte aunque delicadamente.

En un momento, llegamos a un sitio donde hacía viento. El hombre me quitó el “casco” y pude ver dónde estábamos; era una pradera desierta y se apoderó de mí, nuevamente, un ardiente deseo de volar, ya que hacía bastante tiempo que no surcaba el cielo. El individuo me soltó y rápidamente desplegué mis alas y volé tan alto y rápido como mis extremidades me lo permitieron. No había alcanzado los cien metros de altura cuando una fuerza invisible tiró de mí hacia atrás. Había una cuerda enganchada a mi pata que me impedía seguir.



Así pasaron días, meses, años... Poco a poco me daban más cuerda y así podía volar más a gusto. Cuando ya no tenía hambre, me obligaban a seguir cazando y, esta vez, tenía que volver con la presa entre las garras. Los hombres que me cuidaban, cada vez me mimaban más. Y yo ya estaba acostumbrada a ellos y, por tanto, me

dejaba acariciar. Por las noches ya no dormía en una jaula sino en una rama de árbol.

Un buen día, mis cuidadores me llevaron como otra jornada cual quiera a la pradera, y me soltaron para que cazase. Todo iba como siempre hasta que mi amo me llamó por mi nuevo nombre, Lilian. Yo que ya estaba acostumbrada a responder regresando cuando me llamaban así, fui aleteando hacia él, pero, súbitamente, unas garras enormes me apresaron por las costillas, tiraron como tenazas y me desgarraron parte de los músculos del lomo. Todo me daba vueltas y sentí un tirón en la pata: era la cuerda rompiéndose al ascender rápidamente. Estaba a punto de desmayarme cuando el enorme pájaro que me sujetaba y que parecía un águila real, me soltó y caí sobre un nido lleno de polluelos.



No eran más grandes que yo, así que me zafé de ellos y salí volando como pude de ese nido, justo en el momento en el que el águila me lanzaba un picotazo. No llegó a su destino, puesto que se clavó en el tronco del árbol.

Volé como pude, ya que me había fracturado un ala y sentía una fuerte punzada de dolor, pero perdí el equilibrio y descendí tanto que me estrellé contra un

arbusto el cual cedió con mi peso. En ese momento me desmayé.



Me levanté aturdida y desconcertada. Mis alas y mi costado me dolían mucho y estaba muy débil. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero unos minutos después oí voces. Vi a mi amo entre los árboles, después me desmayé.



Me desperté entre cojines y mantas. Tenía todo el cuerpo magullado y lleno de vendas. Estaba en una habitación caliente y oscura, no estaba sola. Mi protector estaba sentado en una mecedora y me miraba con una sonrisa dibujada en su rostro.

Pasaron días y me encontraba mucho mejor, lentamente retomé los ejercicios de vuelo y pronto me encontré en forma otra vez.



Cuando ya estuve totalmente sana me sacaron a aquella pradera que tan bien conocía. Me soltaron y sentí que ya

no tenía la cuerda que siempre había tenido. Podía escapar y volver a mi hogar en la naturaleza pero recapacité y sabía que como aquellos humanos que me conocían tan bien y me habían cuidado tanto no había otros, así que volví junto a ellos con un ratón entre las zarpas.

NO COPIAR